

1



na caminaba a buen paso pero sin prisa por la acera de la ancha calle que en esa parte de la ciudad llevaba hacia las afueras. Siendo un día entre semana y a esa hora de la mañana, apenas si circulaban coches por allí, algo que ella agradecía, pues odiaba el tráfico. Desde que la muchacha dejara la larga avenida que moría en la estación de ferrocarril para tomar aquella otra calle, tan sólo se había cruzado en su camino con un par de mujeres y un anciano. Las mujeres, de la edad de su madre, calculó, trotaban jilgueras arrastrando con garbo el carrito de la compra todavía vacío. Sin duda, se dirigían hacia alguno de los supermercados más próximos al centro. El abuelo se ayudaba de un grueso bastón de madera y caminaba muy despacio por la acera contraria a la que iba ella. Vestía un traje gris tan marchito como su piel, y debajo de la americana llevaba una camisa blanca abotonada hasta el cuello. Complementaba su atuendo con unos zapatos negros de cordones y una antigua visera de un tono gris sobrio. Ana solía cruzárselo cada día a esa misma hora y, siempre que llegaba a su altura, el viejo le sonreía. Ella iba al río, él, en dirección contraria, al parque que había al lado del colegio. Ana lo sabía por haberlo visto allí algunas mañanas —cuando ella, por cualquier motivo, salía algo más tarde de casa—, sentado en un banco al sol, leyendo el periódico o con su melancólica mirada azul neblinoso fija en algún punto del empedrado paseo.

Hacía poco más de diez minutos que había salido a la calle. No vivía muy lejos de las afueras; aunque de ahí hasta el río aún quedaba un buen trecho. Detuvo por un momento el paso. Aquel pinchazo había sido muy fuerte. Durante unos segundos se masajó las sienes con los dedos índice y corazón de ambas manos. Luego, echó a andar de nuevo.

Le asaltó la sensación de que en cualquier momento podía estallarle el cerebro dentro del cráneo; pero no volvió a pararse.

Ya en las afueras, la calle se estrechaba en una ligera subida al pequeño puente que cruzaba por encima de las vías del tren, bajando unos metros más adelante en otra suave pendiente, donde la calle moría para dividirse en dos caminos. A partir del puente ya no había edificios de viviendas, pero sí algunas casas de campo dispersas por toda la zona cercana a los sotos. El camino de la izquierda se iniciaba asfaltado y muy ancho, pero se transformaba, unos metros más adelante, en una vía de tierra y piedras que se internaba entre los campos de cultivo. De él partían otros caminos por los que también se accedía al río; aunque Ana casi nunca elegía aquel itinerario.

El camino de la derecha también comenzaba asfaltado, y así se mantenía durante un buen trecho, hasta llegar a la altura de una zona para vehículos, habilitada no hacía mucho a raíz de que se declarara a los sotos «Reserva Natural Protegida». Antes de llegar al *parking* había dos bodegas muy juntas, y un camino que giraba a la derecha las separaba del aparcamiento. A partir de ahí el suelo era de tierra y piedras, y la vía principal se dividía en otros dos caminos. El de la izquierda seguía hasta un mirador, donde se podía disfrutar de una excelente panorámica del entorno y de la observación de las aves acuáticas que poblaban aquel extraordinario enclave. El de la derecha descendía en una pronunciada pendiente y después de una curva se allanaba.

Ana casi siempre elegía esa ruta. Siguiendo el camino, a la derecha, había un área recreativa con aparcamiento, paneles informativos, una fuente para refrescarse y algunas mesas y bancos de madera. Dejando atrás ese tramo, el camino seguía derecho hacia el río, muriendo en el mazón tras una leve subida. Los mazonos eran diques de tierra compactada que se construyeron para mantener a raya las inundaciones provocadas por el desborde de la corriente, pero que hacían también de cuidados y anchos caminos que recorrían la reserva natural.

Ana se paró de nuevo cuando llegó al mazón. Miró a derecha e izquierda y después tomó aire. El mazón enlazaba a la izquierda con el mirador de las aves, donde antes había un pequeño embarcadero, mientras que por la derecha continuaba durante unos kilómetros más.

Siguiendo la corriente del río, al lado derecho del mazón, había algunas zonas de huertas, pero sobre todo grandes superficies de chopos de repoblación de crecimiento rápido, que pasados diez o doce años después de plantados, eran talados y repoblados de nuevo. También esas fincas formaban parte de la reserva. A la izquierda del camino, sin embargo, entre el río y el dique de tierra compactada, se extendían lo que verdaderamente eran los sotos: un reducto de los bosques de ribera que antaño se desarrollaron en las llanuras inundables de esa vía fluvial. Eran dos paisajes bien diferenciados: entre el río y el mazón reinaba el caos, y las distintas especies de árboles —chopos, álamos, sauces, olmos, fresnos y alisos—, se mezclaban sin orden en una maraña verde, formada, sobre todo, por varios tipos de plantas trepadoras y enredaderas. También abundaban las zarzamoras y majuelos, y en las zonas del soto más claras y abiertas, ortigas y saúcos. El río, durante las crecidas, surtía a los sotos de una gran cantidad de restos orgánicos —troncos, ramas y abundante broza—, que se aposentaban allí cuando el agua volvía a su cauce.

Era un espacio privilegiado donde habitaban diversas especies de aves acuáticas, anfibios, reptiles y, también, diferentes tipos de mamíferos. En cambio, al otro lado del mazón, en las grandes superficies de chopos de repoblación, los árboles crecían en pocos años vigorosos y altivos, ordenados en largas filas paralelas perfectamente delineadas, como un ejército de soldados en formación y en posición de firmes. Ni que decir tiene, que tanto la vida vegetal como animal que habitaba en esas extensas choperas, era infinitamente más pobre que la que se desarrollaba al otro lado del camino.

A Ana le encantaba pasear por aquellos tranquilos y hermosos parajes. Se encontraba tan a gusto arropada por la serenidad que le proporcionaba aquella naturaleza, que no había un solo día que no acudiera a la reserva. Ella prefería perderse por allí los días de entre semana, ya que los sábados y domingos los sotos recibían la incondicional visita de muchos vecinos de la ciudad que elegían ese lugar para pasear, andar en bici o correr. Ana, ante todo, buscaba soledad, silencio... Tampoco resultaba extraño toparse los fines de semana con numerosos turistas venidos de fuera de la ciudad que, armados la mayoría, con sofisticadas cámaras (trípode incluido), no dejaban de hacer fotos del paisaje y buscar con ojos ansiosos a los animales que habitaban en la reserva con el firme propósito de plasmarlos en sus fotografías.

Lo cierto es que Ana conocía aquella zona tan bien como la palma de su mano.

Había bajado tantas veces al río que no existía un solo camino o sendero por el que no se hubiera aventurado; aunque algunos no estuvieran marcados, y otros se hallasen medio ocultos entre la fronda del soto. En más de una ocasión había pensado que no le sería muy difícil hacer como guía para los turistas que se acercaban los fines de semana a visitar la reserva. No era extraño ver por allí los sábados y domingos a

numerosos grupos de animados excursionistas que deseosos de conocer más a fondo los sotos, se apuntaban a las visitas guiadas que organizaban los responsables del centro de interpretación de la reserva natural. Pero luego, cuando Ana elevaba la mirada hacia el cielo y contemplaba la gran variedad de aves que sobrevolaban el río, o si por ejemplo, se paraba en algún punto del sendero y permanecía un rato alerta para intentar captar con sus oídos esos ruidillos que se escapaban de entre la maleza y que generaban los escurrendizos moradores de aquel vergel, recapacitaba y, reconocía que, en realidad, no tenía ni idea de cómo transcurría la vida de la mayoría de esos animales. Tan sólo era capaz de diferenciar unas pocas especies: las más características del parque, las que más abundaban allí; aunque sabía que había muchas otras de las que nada conocía y que al igual que las primeras, también se cruzaban a veces en su camino. Ana tenía muy claro que un buen guía no sólo debía ser ducho en llegar a los lugares del parque más favorables para la observación de la flora y la fauna, también tenía que conocer los distintos tipos de árboles y plantas que formaban la fronda del soto y, si no todos, sí, al menos, la gran mayoría de los animales que se movían por sus entrañas, así como las costumbres y el modo de vida de todos ellos. Era cierto que Ana conocía muy bien la reserva, sí, pero apenas sabía nada de sus moradores.

Ana concluía la caminata en la orilla del río, siempre en el mismo sitio: una escondida y coqueta playa de piedras a la que a ella le gustaba llamar con cariño... «miplayita». Ése era el único lugar donde el intenso dolor de cabeza que la atormentaba día y noche desde que los médicos le diagnosticaran el tumor, parecía ceder un poco. Allí se sentía a gusto; en soledad, en silencio, envuelta por el canto de los pájaros, el hipnótico sonido de la corriente y el murmullo de las hojas de